

MISCELANEAS

JOSÉ NUCETE-SARDI (1897/1997)

por: Simón Alberto Consalvi**

José Nucete-Sardi nació en la ciudad de Mérida el 4 de agosto de 1897 y murió en Caracas, el 16 de noviembre de 1972. Los 75 años de su paso por este mundo signaron una vida de trabajo constante, una pasión por las letras, por el estudio y la comprensión de la historia venezolana y de sus protagonistas. Estudió filosofía y letras en la Universidad de los Andes y con los días y sin tregua, frecuentó los claustros de las universidades de Ginebra y de Bruselas, en Europa, y de Columbia University, en los Estados Unidos. Una breve revisión de su obra basta para apreciar el variado universo de sus aficiones: la biografía y el análisis histórico, la ficción, la crónica de arte, la reflexión política, la indagación del proceso y de la personalidad del venezolano.

Cuando la Academia Nacional de la Historia lo recibió como Individuo de Número el 4 de agosto de 1946, Nucete-Sardi cumplía ese día 49 años. Imagino que fue para él la más grata coincidencia. Su discurso de incorporación versó sobre uno de los períodos más controversiales y, sin duda, más propicios para la reflexión: la Revolución Federal. Nucete-Sardi hizo un breve recuento de quienes lo habían precedido en el sillón letra H que desde ese momento iba a ocupar: primero *“aquel generoso soldado y pensador del liberalismo romántico de Venezuela, Jacinto Regino Pachano, devoto del ideario federal”*, y después de él, Ricardo Ovidio Limardo, *“fecundo en la faena intelectual, en las disciplinas clásicas, académico plural de ésta y otras latitudes, educador que en la propia Lutecia dirigió la enseñanza de los hijos de un Presidente de Francia”* y, Heraclio Martín de la Guardia, *“poeta que llevó la historia al teatro”* y quien como Limardo, no llegó a incorporarse. Tras ellos, dice Nucete-Sardi, llega Angel César Rivas, *“indagador de pasados con obra excelente para la investigación americana”*. Lo sigue Caracciolo Parra León, a quien define como hombre de *“espíritu selecto, mentalidad firme, austeridad ejemplar, erudición admirable”*. Finalmente le corresponde sustituir al Dr. Cristóbal Benítez, escritor y profesor universitario, ex Rector de la Universidad de los Andes y quien se distinguió en el ensayo sociológico y de quien dijo: *“... con recta voluntad dominó adversas corrientes en tiempos poco propicios y dejó huella de su actividad en la cátedra y en el libro, transitando especialmente por los dominios de la sociología y de la historia...”*

(*) Palabras pronunciadas en la Academia Nacional de la Historia el 7 de agosto de 1997 en ocasión de conmemorarse el Centenario de José Nucete-Sardi.

(**) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra “C”.

Nucete-Sardi estudia el proceso de la idea federativa a través de los historiadores que lo han precedido en su sillón: así, Parra León y sus estudios sobre la época colonial, Angel César Rivas y sus indagaciones sobre los orígenes de la independencia, los debates de Jacinto Regino Pachano sobre el federalismo y los ensayos sociológicos de Cristóbal Benítez. Como para afirmar la *indivisibilidad de la historia*, piensa que esos historiadores de distintas épocas han engarzado una obra con la otra y en su conjunto permiten una visión más clara y más precisa de todo el proceso.

Al observar que poco énfasis se había puesto hasta entonces en el análisis de los orígenes económicos de la guerra de independencia, explora los puntos de vista y los datos de Fermín Toro y de modo especial de Angel César Rivas. La gran riqueza y la bonanza de los últimos treinta años del siglo XVIII tan promenorizadamente ilustrados por las cifras del autor de *Los orígenes de la independencia de Venezuela*, condujeron al movimiento de emancipación. Parece que nunca más llegó el país a exportar el volumen de productos agrícolas que exportó antes de 1810.

“Esas cifras indican con claridad, dice el historiador, que la economía andaba ancha y que, por ello, contribuyó a reforzar las ideas de autonomía que alzaban los criollos cultos y dueños de la tierra para la época. Curioso caso, observa... en que la economía contribuye no por pobreza sino por holgura al proceso revolucionario de una colonia. Riqueza material y riqueza intelectual actuando en conjunto. O sea, la razón de los grandes cacaos”.

Para una comprensión adecuada de la Federación, Nucete-Sardi consideró necesario buscar las raíces más antiguas de esa idea. No abrigaba duda alguna sobre las razones económicas y sociales que desataron el conflicto, pero juzgó pertinente explorar el pasado en una meditación inteligente. Si paradójicamente la bonanza económica condujo a la guerra de independencia, la pobreza y la miseria condujeron o condenaron al país a la guerra de los cinco años. El historiador concluye: *“...es indudable que el espíritu federalista en Venezuela aflora durante la Colonia, se hace claro y preciso en la Carta Fundamental de 1811, se ensombrece por las necesidades centralizadoras de la guerra de Independencia y resurge después de la Convención de Valencia, cuya Carta ya trae algunos de sus signos, como la de 1830, para encarnar ampliamente en letra de la Constitución de 1864, tras el trágico balance de la Guerra Larga”.*

Esa búsqueda de democracia social consagrada por las constituciones y prometida en muchas ocasiones por simple demagogia, estudiada entre otros por don Lisandro Alvarado (a quien Nucete-Sardi también glosa) y por José Santiago Rodríguez, se quedó por lo general en el papel y en los programas y promesas políticas. Con reflexiones pertinentes y, sin duda lúcidas, ingresó José Nucete-Sardi a la Academia Nacional de la Historia, hace 51 años este agosto, a la edad de 49, quizás el mejor cumpleaños de su vida larga y fecunda. Fue familiar su figura en los claustros de la Academia, como investigador primero, como académico después, ya como secretario entre los años 49 al 53, como segundo vice-director del 53 al 57, o primer vice-director del 61 al 67.

Nucete-Sardi vivió muchos años fuera de Venezuela, en búsquedas de distinto orden y, a partir del régimen de López Contreras, asignado al servicio exterior de la República. En 1937 actuó como secretario de la misión venezolana ante la Sociedad de las Naciones en Ginebra. Trabajó en las embajadas de Venezuela en Alemania, Checoslovaquia, Polonia, Rumania entre el 38 y el 40, en tiempos de guerra y de conflictos.

En dos ocasiones fue embajador de Venezuela en Cuba: del 47 al 48 y del 59 al 61; fue el primer embajador de Venezuela ante el gobierno de la Revolución cubana, protagonista de tiempos tan eufóricos como complejos, que supo interpretar por su manera de ser serena y tolerante. Fue luego embajador en Bélgica y Luxemburgo y, finalmente, en Brasil. Vale la pena explorar sus papeles de jefe de misión, sus observaciones agudas y sagaces. Fue gobernador del estado Mérida, su tierra natal, en tiempos del presidente Raúl Leoni. No fue hombre de partido. Sin embargo, no fue nunca ajeno a la política como observador comprometido. En 1937 publicó *Cuadernos de indagación y de impolítica*, páginas donde explora al venezolano y se explora asimismo. Es un breve libro de confesiones, de preguntas y relatos de experiencias, reflexiones sobre la historia de Venezuela, pero sobre todo, sobre el tiempo de la transición de Juan Vicente Gómez a Eleazar López Contreras. Quizás su lectura nos permita aproximarnos a su pensamiento e, incluso, a sus vivencias. Quizás a un mundo muy personal y, por lo general, desconocido. El conjunto de reflexiones de estos *Cuadernos* de 1937 (escritos entre Caracas y Ginebra), constituyen una especie de radiografía venezolana de aquel amanecer democrático, pero son en gran medida y al propio tiempo, un documento humano. Observaciones agudas sobre intelectuales y políticos o militares civilistas o inciviles, sobre los imperialismos extranjeros y la condescendencia vernácula.

Entre los mejores capítulos está el dedicado a los intelectuales y la sociedad, en donde analiza con ingenio las personalidades de Juan Vicente González y Cecilio Acosta, vidas distantes y, sin embargo, paralelas en la frustración final, y frente a ellos, el turbulento y el apacible, la personalidad de Andrés Bello plenamente lograda, aunque en suelo remoto. De este último escribe: *“Cuando la pasión de Sarmiento pide alguna vez que se le expulse del territorio chileno, su autoridad es tan alta que –simple ciudadano– llega a ser árbitro en controversias internacionales...”*.

Nucete-Sardi confiesa que en algún momento quiso escribir una biografía del general Gómez, pero *alguien que nada tenía que temer de esa historia le aconsejó que no lo hiciera. Bondadoso y burlón, le dijo: “Sería acabar con las tres cuartas partes del país o con algo más... No vamos a tener entonces, estos honorables tan divertidos ni estos puros tan puros. Y usted no tiene el derecho de quitarnos a los que ya vamos a morir esta diversión”*.

Podemos abrir sus páginas al azar y retener algunos fragmentos:

“Por ese individualismo negativo (escribe al colocarnos frente al espejo) que rompe hasta la solidaridad egoísta del dinero, nuestros godos o mantuanos, muchas veces excelentes y generosos como personas, son, como clase, ciegos, incomprensivos e incapaces. Y por él ya consecuencia de las dictaduras, factores de ruina moral, ha habido en nuestro país quienes, al encontrarse frente a un gobierno de intención democrática, de procederes humanizados y racionales, lamenten que haya desaparecido la aparente seguridad que les brinda la dictadura. Los que así piensan, no conciben la seguridad como producto ponderado de la armonía colectiva sino como imposición del jefe de la tribu.

Carecemos de instituciones y hay que formarlas y vigorizarlas por medio de la acción común. Quizás la única organización con que contamos es el ejército. Por su disciplina ha sido posible este ensayo de democracia que vive Venezuela, presidida por la ecuanimidad de López Contreras. Han existido entre mis compatriotas, por ese individualismo desorbitado que señalo, civiles más dictatoriales que los militares sin escuela. Aún entre estos mismos, se encuentran hombres más respetuosos y menos inmorales

que mucho docto oportunista. Las tiranías en Venezuela no siempre han sido hijas del militarismo. Han tenido el consejo, el apoyo y la complicidad de doctores e intelectuales...”

Ironizó unas veces con sarcasmo, otras con humor, a los godos o a los impostores que presumían de tales. Un respetable y excelente godo de Mérida, cuando alguien le hizo notar que la nieve mermaba en la sierra, le contestó: *“Desde que pasaron los federales por aquí, hasta la nieve comenzó a desaparecer”*.

De sus viajes y de sus primeras visiones políticas confiesa:

“Cuando tuve mi primer contacto con un grupo opositor de Gómez, en New York, en 1920, –Gómez estaba en la plenitud de su poder– recibí una lección y un desengaño. Sus enemigos exiliados llevaban cerca de diez años en oposición y aún no habían logrado un acuerdo. Luego, esa oposición tuvo defecciones que ingresaron o reingresaron al servicio del dictador. En ese año había salido de Venezuela en andanza moza, en exilio voluntaria. Nada me obligaba a abandonar el país. Acababa de saltar mis veintidós años y ya estaba fastidiado del marasmo venezolano, de oír por todas partes el nombre de Gómez que era la obsesión de amigos y enemigos. El “General”, por odio, por partidatismo o por conveniencia, imperaba en todas las consciencias. (...) Hubiera podido irme a Caracas, pero me tentaba lo desconocido. Desde luego, tenía esperanza en algunos hombres de la revolución. El sector de oposición de New York me reveló las rivalidades en que se debatían sus dirigentes. Era, con excepciones singulares, una oposición, como siempre, personalista. (...) Alguien dijo que una revolución es una idea que ha encontrado bayonetas. De la mayor parte de las revoluciones venezolanas, no se puede decir lo mismo. Las oposiciones carecían, por lo regular, de ideología y de bayonetas y cuando tenían éstas les faltaba la ideología. Llegué a la conclusión de que si Gómez era intolerable, lo serían también muchos de sus opositores si triunfaban. No viví pues, en revolucionario, por prematuro desengaño. Trabajé en New York y en las Antillas y con raras excepciones, encontré casi siempre opositores que sólo pensaban en derrocar a Gómez para hacer lo mismo que él. (...) Había opositores que criticaban ciertos actos de Gómez pero que, en cambio, los justificaban si procedían de su ídolo revolucionario en turno. Porque hay que decir, que algunos opositores tenían un jefe en el invierno y otro en el verano. Las circunstancias me llevaron de nuevo a Venezuela. Pero había aprendido una lección que no olvidé. Trabajé en el periodismo. Ya se sabe que el único periodismo político que se toleraba era el del elogio unánime. Me refugié en las secciones literarias e informativas. Pasaron lentos años de expectativa. A cada momento se esperaba la muerte del “General”, pero el caudillo de los potreros engañaba y sonreía. Y cobraba hasta los malos deseos. Algunos pensaban con temor en el desenlace. Otro lo esperábamos confiados. Nuestra juvenil curiosidad ansiaba la llegada de los acontecimientos. Se opinaba en ciertos círculos que sería un diluvio de muertes. En los últimos tiempos muchos creíamos que no pasaría gran cosa, porque al fin, un hombre es sólo un accidente y además, influiría para moderar las violencias, la alegría universal provocada por el deceso y el carácter compadriero de los venezolanos...”

Sin embargo, desde mediados de 1935 se fraguaba una revolución. Si Gómez no muere la revolución hubiera estallado. La desesperación era sorda. (...) La muerte evitó la lucha armada y las acciones que la siguieron, si es verdad que fueron violentas en algún momento, de todos modos fueron mucho menores de lo que se esperaba. Era un desahogo natural sino justificable, después de muchos años de opresión. El pueblo venezolano supo dar prueba de su nobleza, y cuando algunas sanciones iban a degenerar en especulación, patrocinada por ciertos oportunistas aprovechadores de todo movimiento, un llamamiento cívico y una acción prevista pusieron término al desmán...”

No estaba en Venezuela Nucete-Sardi en diciembre de 1935, y así confiesa: *“Cuando el esperado suceso advino, hacía poco que había salido de Venezuela y la noticia me alcanzó en una*

helada aldea canadiense. De regreso a New York estuve, entonces, en contacto con algunos elementos del grupo opositor que allí residía. La oposición de 1935 mantenía muchas de las rivalidades que había conocido quince años antes. Se había injertado un grupo juvenil que aportaba nuevas ideologías. Existía, además, el factor comunista que anteriormente no había señalado su presencia.

El historiador refiere cómo registraron en los Estados Unidos la muerte de Gómez: *“Los periódicos yankees maniobraban la noticia. En general, el tono de esa prensa era informativo, con algunas exageraciones convenientes al mercantilismo periodístico o simplemente amenas, como la de que el fenecido dictador jugaba todas las mañanas con varios tigres que mantenía en el patio de su casa, mientras recibía la cuenta de sus ministros. A lo que se daba mayor importancia era el hecho señalado por los más serios periódicos, de que el muerto era padre de ochenta bastardos. Para cierto mundo puritano de los Estados Unidos, tal cosa resulta inconcebible y era el supremo crimen del biografiado...”*

Al poco tiempo, el escritor de los *Cuadernos* regresa a Venezuela y su primera sensación fue la de que estaba estrenando patria, y lo registró de esta manera: *“Vivíamos plenamente los venezolanos una gran emoción que se renovó cuando oímos al nuevo Presidente decir ante el Congreso, en el momento de tomar posesión del cargo, que, como principio no quedaba en pie ningún personalismo y no existía más causa política que la de la patria. Era la primera vez que los venezolanos de las nuevas generaciones oíamos a un Presidente hablar así, y la primera vez también que asistíamos a las barras de un congreso que podía hablar libremente. Se había dignificado el gobierno de Venezuela”.*

Para el tiempo de estos viajes al extranjero, la muerte de Gómez, el regreso, ya José Nucete-Sardi había escrito algunos cuentos: *El hombre de allá lejos* (1929), había traducido *Cartas íntimas de Eca de Queiroz* (1928), el ensayo *El escritor y civilizador Simón Bolívar* (1930), y el novelín *La defensa de Caín* (1933). Escribió innumerables textos, ensayos y crónicas sobre personajes diversos y lejanos en el tiempo como Pedro Gual, Manuel Carlos Piar, Cecilio Acosta, José Martí, Antonio José de Sucre, Vicente Campo-Elías, Roberto Cunninham Graham, Andrés Eloy Blanco; tradujo el 5º volumen de los *Viajes* de Humboldt y también escribió *Notas sobre la pintura y la escultura en Venezuela*, una visión muy personal del arte venezolano.

Había escrito también la semblanza de Luis Perú de La Croix que dio inicio a su novelización del *Diario de Bucaramanga*, o sea, *Setenta días con Su Excelencia*, escrito en 1943-1944. En muy breves páginas Nucete-Sardi hizo un retrato del infortunado aventurero francés, exitoso militar al servicio de Napoleón en la expedición rusa, (pero más exitoso con Carolina Bonaparte), espía consumado que se añadió en “la Croix” porque le convenía en ese momento aparecer como noble para espiar al monarca exiliado en Londres. Cuando la fortuna europea le vuelve la espalda, Luis Perú de la Croix cruza el Atlántico: en Colombia son bienvenidos los mercenarios. Es el hombre que comparte con Bolívar el tiempo solitario de Bucaramanga y de ahí la significación de su *Diario*.

El confidente de Bolívar fue expulsado de Colombia y se viene a Venezuela, pero no viene con las manos vacías: trae de algún modo el grado de general. El gran interlocutor ha muerto: sólo Perú de la Croix tiene la palabra: así nació el *Diario de Bucaramanga*. Las vueltas del infortunio son tales que en 1835 aparece conspirando de la mano del coronel Pedro Carujo. Poco después regresa a Francia y un día oscuro de 1837, Luis Perú de la Croix, (con su cruz a cuestas), se suicida en un hotel de París. La semblanza

que precede a la novelización del Diario corrió con fortuna: Monseñor Nicolás Eugenio Navarro la acogió en dos ocasiones como apéndice de sus ediciones del famoso documento; había sido publicada inicialmente por Nucete-Sardi en *El Nuevo Diario*, en enero de 1932. Perú de la Croix pasó a la historia por haber registrado con fidelidad (relativa) sus conversaciones con Bolívar y no por haber conspirado en la Revolución de las Reformas... “*Sin duda que Perú de la Croix al escribir pensó, con natural vanidad, que mejor conductor no podría encontrar para pasar a la historia agarrado de los faldones de su levita...*”, anotó Nucete-Sardi.

Junto con otro intelectual de renombre, Jacinto Fombona-Pachano, dirigió el semanario *Diagonal* en los años 45, 46 y 47. No eran hombres de partido, pero ambos tenían entonces una posición política. Por ser un semanario dirigido y escrito por gentes de pensamiento, (además de ellos, Rodolfo y Federico Moleiro, Julio Febres Cordero, Humberto Tejera, desde México) *Diagonal* es, a mi juicio, un documento clave para la interpretación política de aquel tiempo. Son admirables los análisis que se hacen en sus largas notas editoriales de los asuntos internacionales, (la conferencia de Chapultepec, la conferencia de San Francisco donde nació la ONU, etc.), imagino que escritos por Fombona-Pachano. Igualmente respetable es el análisis de los asuntos venezolanos. Postulan la reforma constitucional, la reconquista de la incompatibilidad de funciones ejecutivas y legislativas y la elección directa del Presidente de la República. Se discutió larga y profusamente sobre la incompatibilidad de funciones ejecutivas y legislativas y la elección directa del Presidente de la República. Se discutió larga y profusamente sobre la incompatibilidad en aquellos años. Si pensamos que entre las primeras disposiciones del Congreso constituyente de 1830 estuvo justamente la consagración de la incompatibilidad y que el primer gabinete de José Antonio Páez renunció a los pocos días porque sus tres integrantes prefirieron el parlamento, podemos comprobar que la historia marcha con extrema lentitud y que sus pasos atrás son demasiado frecuentes.

Diagonal llevó a cabo desde sus inicios en 1945 una encuesta sobre los probables candidatos presidenciales de 1946: se daban nombres y se daban razones: López Contreras, Diógenes Escalante, Caracciolo Parra-Pérez, Juan de Dios Celis Paredes, Rómulo Gallegos, etc. etc. Reitero: pienso que *Diagonal*, por la calidad de sus directores y redactores, constituye un documento esencial para asomarse a un tiempo venezolano al cual las posiciones juradas de protagonistas o de intérpretes lejanos ha ofrecido hasta ahora muy poco espacio para la comprensión del proceso. A 50 años de silencio sobre cuestiones claves lo acompaña, por lo general, la lamentación sin fundamento de quien (o quienes) deberían expresarse con mayor franqueza. Quizás abrir las páginas de este semanario podría serles útil. El 16 de agosto de 1945 el semanario (Nº 29) registró el regreso al país del Dr. Caracciolo Parra-Pérez y la sorpresa por su destitución mientras venía de regreso de San Francisco. ¿Por qué no se esperó su retorno y “que hubiese dado cuenta de su misión que con tan alto carácter presidió en San Francisco”? preguntó *Diagonal*. Añadió: “*La separación de Parra-Pérez del Ministerio de Relaciones Exteriores sorprendió no sólo a la opinión venezolana sino a la opinión extranjera, tras la gran labor realizada por el ex-Canciller en San Francisco como antes lo hiciera también en Chapultepec, en Río de Janeiro, en su gira continental de hace pocos años, y por último, durante su larga actuación diplomática en Ginebra y en otras capitales y al frente de nuestra Cancillería*”.

La personalidad de Francisco de Miranda fascinó desde muy temprano a Nucete-Sardi. No sólo escribió su biografía, sino que participó en la edición de sus papeles; formó parte de la Comisión editora de los últimos nueve tomos del *Archivo de Miranda*, llevada a cabo por la Academia. Revisó los papeles de los expedicionarios norteamericanos que acompañaron al Precursor en su expedición de 1806: James Biggs, John Shermann, Moses Smith, William Armstrong y John Edsall, unos permanecieron a bordo del Leandro, los más afortunados, mientras otros cayeron prisioneros, pagaron cara la aventura y fueron testigos de los ajusticiamientos más implacables. Nucete-Sardi tradujo el mejor de los primeros, el de James Biggs, *Historia del intento de don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en Sur América*, para una edición de la Academia en 1950, y el de John Edsall, *Memorias de un recluta de la expedición mirandina*.

Junto con otros norteamericanos, el recluta Edsall fue colocado frente al cadalso. Veamos un fragmento, y advirtamos que no se trata de una novela: “*Inmediatamente se nos colocó del lado opuesto a las borchas, frente a nuestros infortunados compañeros. El primer ejecutado fue Mr. Farquarson. Desembarazado de sus cadenas, fue conducido o arrastrado a la plataforma del cadalso, donde le fue permitido sentarse por poco tiempo frente a sus compañeros que estaban debajo. Se le pasaron dos cuerdas al cuello, corta la una con el fin de romperle la nunca, y larga la otra para suspender el cuerpo. Hecho esto, se incorporó y con voz clara y firme nos dijo su eterno adiós. El verdugo, un negro esclavo, lo lanzó al espacio y deslizándose por la cuerda, se sentó sobre sus hombros golpeándole con fuerza el pecho con sus talones hasta que se convenció de su muerte saltando entonces abajo para correr el cuerpo hacia el extremo de la viga a fin de dejar espacio a los que seguían*”. Y, en efecto, lo siguieron Billop, Hall, Johnson, Ferris, Kemper y el polaco Berguad. Después de ajusticiar a los herejes, vino el turno de los católicos a quienes se les administraron los santos óleos: James Gardner, Thomas Donahue y Paul George. Los sobrevivientes fueron embarcados en un buque llamado *Príncipe de la Paz* que los llevó hasta Cartagena de Indias.

En 1935 aparece *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*. Como otros escritores de Mérida, bajo distintas perspectivas, épocas y estilos, Caracciolo Parra Pérez y Mariano Picón Salas, José Nucete-Sardi aborda la personalidad de Francisco de Miranda y su papel en la historia. Es su obra de mayor relieve. Fue escrita, como podemos deducir de sus confesiones, mientras viajaba por los países del Norte, Canadá y los Estados Unidos, las islas del Caribe, conversaba con los desterrados y comenzaba a ejercitarse en el escepticismo, signo dominante de su personalidad, mientras todos esperaban la agonía de la dictadura. *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda* es una de las buenas biografías que se han escrito sobre el Precursor. Primero fue Parra-Pérez con *Historia de la primera República de Venezuela y con Miranda en la Revolución Francesa*; luego Nucete-Sardi, y finalmente, Picón-Salas con su *Miranda*. Como Parra-Pérez y Picón-Salas, Nucete Sardi sintió también la sed de mundo que lo condujo a diversas latitudes y como aquellos, no abandonó nunca la idea de Venezuela: todas sus páginas escritas tienen como punto esencial lo venezolano.

A Francisco de Miranda lo aborda con admiración. Lo sigue en todas sus proezas, desde los primeros tiempos caraqueños, las peripecias de la guerra de los Estados Unidos, sus conspiraciones inglesas, sus viajes por Europa y por la Gran Rusia, su papel en la

Revolución Francesa, sus frustrados intentos de invasión de 1806, los episodios trágicos de la primera República, hasta el ocaso del prisionero de Estado que burlando a sus cancerberos le escribe secretamente al inglés Nicolás Vansittart el 31 de mayo de 1814: *“Inglaterra todopoderosa hoy en España, puede fácilmente rendirme el servicio de pedir por medio de Lord Wellington o de su embajador en Madrid, que España cumpla la capitulación con respecto a mí, como la ha cumplido con otros”*.

El biógrafo no se concentra sólo en la escena del biografiado; reflexiona paralelamente y con gran poder de síntesis, sobre lo que sucede en Venezuela. Miranda ignora que ha sido reivindicado o que está en vías de serlo. *“Quizás en la sombra de su decepción (dice Nucete-Sardi), no sabe el Precursor que los héroes de Chacachacare han sido los primeros, el 11 de enero de 1813, pocos meses después de su prisión, en volver su fama al viejo luchador, cuando anunciaron a Venezuela y a la América toda la resolución de reanudar la lucha: “Violada por el jefe español don Domingo de Monteverde la capitulación que celebró con el ilustre general Miranda el 25 de julio de 1812, y considerando que las garantías que se ofrecen en aquel solemne tratado se han convertido en calabozos, cárceles, persecuciones y secuestros; que el mismo general Miranda ha sido una de las víctimas de la perfidia del adversario; y en fin, que la sociedad venezolana se halla herida de muerte...”*, *“dice el documento vindicador que firman cuarenta y cinco emigrados de Venezuela resueltos a continuar la recia pelea, entre los cuales están Sucre, Bermúdez, Piar, Valdez, Mariño y otros, que hacen valer los méritos del prisionero”*.

El prisionero espera y desespera en la soledad y en la impotencia, delira con fantásticos planes de fuga, busca consuelo en la lectura de los clásicos latinos, Horacio, Virgilio, Cicerón (como le confía a Vansittart en una de sus ya inútiles cartas), y en las andanzas de Don Quijote, mientras el juego de los intereses de las naciones y de los Estados que un día son adversarios y al siguiente aliados, parece conspirar también contra quien usó esas cartas con temeridad. Con elegancia, Nucete-Sardi describe este carrusel de intrigas y oportunidades que condena, finalmente, a Miranda por la amistad de sus antiguos aliados ingleses con sus antiguos adversarios de siempre, los implacables españoles que en 1812 violaron los términos de la capitulación.

El historiador no olvida la contrafigura de aquel drama. Veamos qué ocurre con Monteverde, mientras Miranda agoniza: *“Desprestigiado, embarcó Monteverde en La Guaira el 7 de julio de 1816 a bordo de la fragata Esperanza, que con veintiún buques mercantes y convoyados por el bergantín de guerra Tigre se hicieron a la vela para Cádiz. En alta mar tuvo que trasladarse al Tigre con Rojas Queipo y los demás miembros de su comitiva, porque un rayo derribó el palo mayor del buque y le abrió un rumbo por el cual se llenó de agua y desapareció en el mar”*. Coincidiendo con el regreso de Monteverde a Cádiz (después de cuatro años de negocios turbios en La Guaira), moría Miranda, el 14 de julio. *“Parece que la justicia inmanente castigó, en algún modo, dice Nucete-Sardi, la traición de Monteverde que tuvo por víctima al Precursor”*.

Tampoco olvida Nucete-Sardi los pasos que entonces da el otro gran protagonista de la historia: Simón Bolívar. Así escribe: *Mientras en las sombras de su celda-hospital va esfumándose la energía, la tenacidad revolucionaria, la idea que fue la vida de Francisco de Miranda, Bolívar sigue en América, más o menos, su trayectoria de 1806, convocando en Haití a los patriotas para realizar una expedición similar a la primera aventura mirandina. En los mismos días de marzo,*

cuando la enfermedad aniquila al Precursor, Simón Bolívar prepara en Los Cayos su expedición que va a fracasar en Ocumare –como diez años antes la del Leandro- en los días de julio que preceden a la muerte del prisionero.

Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda no es sólo la biografía del precursor, es también la historia o las historias que llenaron su vida de hombre singular. El biógrafo pedía que debía ser comprendido y admirado con mayor conciencia histórica, “*porque es el hombre americano (dijo) de más espléndida aventura con proyección universal*”. Concluyamos que para esa comprensión y para esa admiración, no fue poca la contribución de José Nucete-Sardi.